

Carta pública a Pituca -estimado Pituca, que no te conozco-

Por Pablo Gasco de la Rocha. 08/01/2008.

Ciertamente que lo que planteas es una realidad. Una realidad que, al menos yo, no espero pueda cambiar, y ello, por una sencilla razón, no existen dirigentes. Pues quienes se han aupado en las diferentes organizaciones son simples gestores, guardias jurados, notarios de un tiempo que se fue, con mayor o menor capacidad intelectual, cultural, moral y hasta estética. Pero simples gestores.

Con todo, la incapacidad la incapacidad de tales gestores es la clave de la imposibilidad de haber llegado a un mínimo acuerdo, siquiera como plataforma electoral. Siendo el caso más sangrante la situación de la Falange, dividida en diferentes grupos irreconciliables, cada uno con su pequeño local y sus pequeños eventos. Lo que no quiere decir, ni mucho menos, y antes al contrario, que no se sigan repartiendo medallitas de latón por servicios prestados, pues esto parece que es lo único que han querido conservar del pasado.

Cenas, reuniones, proclamas, eventos, más cenas y comidas, medallas, diplomas, entonación de himnos sagrados en lugares improcedentes, estupidez, bravuconadas, alardes, vaqueros, pelos largos entre los varones, mini-mini faldas entre las mujeres, cenas, eventos, diplomas, medallitas... Y así transcurre la acción política de quienes dicen estar dispuestos a salvar a España. ¡Patético!

Por otra parte, estimada Pituca, tampoco la base parece que esté muy formada, pues, a nada que te fijes un poco, comprobarás que es el fútbol lo que mueve a la gran mayoría. Y ahí tenemos a tantos y tantos jóvenes *patriotas* alabando a un equipo nacional lleno de extranjeros y poco menos que tratados los nuevos héroes nacionales.

No hay, estimada Pituca, concienciación nacional. Se habla y se critica, pero luego se hace lo contrario de lo que se dicen pensar y sentir. Y así, los sábados se cena en cualquier Vip's, pese a que todo el personal sea extranjero. Pero es igual, porque cuando se esté alcoholizado se empezará a despotricar sobre la invasión que padecemos, y tal actitud, incluso hasta extremos ciertamente desproporcionados. Pues debes saber también, que los españoles nos hemos hecho muy vagos.

Somos, estimada Pituca, un país en fase de descomposición, que cansado de seguir existiendo, ha decidido suicidarse. Y hasta tal punto es así, que de aquí a menos tiempo del que pensamos, España se habrá convertido en un lugar, sitio o espacio de paso. Algo así como un lugar de fronteras. Una especie de territorio dividido en subdivisiones territoriales cada una de ellas al mando de un virrey, y todas ellas representadas por Felipe de Borbón. Un *alter ego* de los dirigentes internacionales, que verán a España como lugar de experimentación. Un territorio dominado por la concupiscencia lasciva y el mercado único, puerto franco de toda suerte de mercancías, y repleto de individuos de toda etnia, cultura, color y religión.

Y es que, a poco que se conozca un poco la historia de nuestra gran Patria, comprobamos que sólo ha sido grande bajo la sombra de la Cruz de Cristo y el suave viento del ondear de su bandera. De ahí, estimada amiga, que hayamos necesitado

siempre de una espada y un báculo. Algo que supo aunar en una misma persona nuestro Caudillo Francisco Franco, que junto a los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II ha sido el único dirigente nacional de destacar.

¿Qué se puede hacer? Verás, yo pienso que nos encontramos en un tiempo que no es necesariamente peor, es sencillamente distinto, pues la vida es cambio y fluye. Pero que es consecuencia directa de lo que hemos venido haciendo entre todos. En definitiva, de la traición que hemos hecho de nuestra dimensión de hijos de Dios. Y en este tiempo, nuestra máxima preocupación debería ser nuestra dimensión espiritual como individuos, como miembros de una colectividad nacional y continental, y como ciudadanos de un mundo cada vez más globalizado. Por eso, conscientes de que *Venimos de Él y que a Él volveremos*, lo importante es tener paciencia y fe. Y esta realidad, invadida por el Absoluto, por Dios, debe servirnos no sólo para flexibilizar nuestros esquemas, sino para relativizar los elementos del camino, aprovechándolos, corrigiéndolos o rechazándolos para ayudar a todos. Pues todo tiempo, es tiempo de Dios.

Debemos de preocuparnos mucho, particularmente, por aquellos cambios culturales inducidos que afectan al hombre directamente en el corazón de su ser. En lo que es, lo que puede ser o no puede ser; o no deber ser, y lo que pretende ser; al ser humano al que las ideologías en juego le ofrecen todo tipo de mercancías. Comprometiéndose en la hondura de tal análisis, que no sólo debe afectar a la crítica que hagamos, sino determinadamente al núcleo mismo de quien lo dicta. Tenemos, Pituca, ¿dirigentes capaces de asumir este reto?

Sin embargo, está es nuestra tarea y la misión del futuro dirigente, conducir al hombre, a través del laberinto de proyectos del hombre, porque cada vez se nota más que el centro de poder ya no se encuentra en Europa, y el mundo cada vez está más cerca de perder la marca occidental. Hay, pues, un desplazamiento significativo de los centros de gravedad del planeta. Este problema vital del cambio se nos presenta todos los días, tanto en nuestra vida individual, como colectiva. No podemos regirlo. Y las consecuencias afectan profundamente a planteamientos de vida.

La unidad y la lucha política, por tanto, tendrán que ser afrontadas asumiendo la disparidad, y con arreglo a tres reglas: 1) Tenemos que comprender los problemas que se nos plantean no sólo en el ámbito nacional o continental, sino mundial, conociéndolos a fondo y replanteándonos esquemas. 2) Recibiendo el shock en esa cercanía, viviremos despiertos, capaces de ventear los cambios galopantes. 3) Y midiéndonos siempre por el Evangelio de Jesús para discerniendo lo humano de lo deshumanizador.

Desde esta reflexión, pues, de nosotros depende enderezar en el tiempo lo torcido. De ahí la importancia de avizorar de dónde vienen y adonde llevan los tumbos de una sociedad, como la del comienzo de este nuevo milenio. Cuyo análisis debería ser nuestra ocupación fundamental para pisar con seguridad. Sólo así la unidad y la lucha política tendrán algún sentido, si no serán simples maniobras de despiste elaboradas alrededor de una mesa de taberna en una tarde de verano.